

CREACIÓN

Cervera, Alfons. *Esas vidas*. Barcelona: Montesinos, 2009. 149 pp.

Esas vidas es una meditación sobre la muerte propia y ajena, en forma de obsesión lancinante, que simula el «trabajo de duelo» según lo llaman los psicólogos: machacar, rebobinar, experimentar de nuevo el dolor para aceptar. La muerte de una madre mayor es un fenómeno natural que alarga al autor un espejo más o menos deformante: del niño que fue, del anciano que quizá llegue a ser y de la «chilaba blanca» que le está esperando y le aparece en una pesadilla contada en un corto capítulo sin puntuación. Los hechos son escasos: la madre se cae en la escalera y se golpea la cabeza; le descubren un tumor que ya no vale la pena operar. Ella —¿se entera o no del tumor?— decide entonces que se quiere morir, pero todo en ella se niega a desaparecer durante una agonía que durará un año y medio: «Quiero morirme decía. Pero en realidad lo que quería decir es que no quería morir». A las dos semanas del fallecimiento, Alfons Cervera se encuentra en Grenoble para participar en un congreso de filólogos, y rememora estos últimos momentos, procura reconstruir la cronología, encontrar las palabras justas para evocar lo que observó y sintió, empezando una y otra vez: como si solo después de muchos intentos o en sus múltiples variaciones pudiera conseguir la fidelidad a lo que experimentaron unos y otros en este difícil trance. La vida, los niños, la actividad intelectual están en Grenoble; los ve pasar, mientras se encuentra emocionalmente todavía al lado de esta madre. Siguiendo el hilo de las asociaciones y de los desvelamientos, se rememora la muerte —violenta e inesperada ésta— de su padre, y lleva a cabo un simulacro de encuesta sobre un documento descubierto fortuitamente, entre los papeles de la madre, en el que se condenaba a éste a doce años de cárcel en 1940: «Y con ellas, con la muerte y con mi madre, se ha abierto en lo que se cuenta una brecha —muchas quizá— hacia el conocimiento de lo que sucedió en un tiempo lejano». Condena que, según los allegados, el padre no cumplió nunca, sin que jamás se aclare por qué, como si el trauma —convencionalmente esperado por la ocultación familiar de la violencia histórica ejercida sobre la figura paterna— no hubiera dejado huellas. La madre es objeto de cuidados y compasión por parte del novelista, por la de su hermano que no puede encarar el final predecible, por la de las mujeres totalmente entregadas, más fuertes y más pragmáticas que los hombres. Pero es también causa de su indignación, de una sensación de agobio no merecida. Los hijos sufren en la medida en que ella se niega a asumir hasta el final su papel de madre que tendría que preocuparse por los demás, manifestarles ternura, amor o reconocimiento, alentarlos a que sigan viviendo: «Una tarde se lo dije. Nunca has tenido una palabra de afecto para nadie, nunca». La madre se niega a tranquilizar a los suyos, se niega a contarles la parte oculta del

pasado del padre que les haría falta para ordenar su mundo interior. Hasta que decide callarse por completo: «se murió porque no le salían las palabras». Mundo de fantasmas que solo viven esperando que la anciana acabe de morirse y temiendo que este momento llegue. Hay algo en la madre de la locura suicida de Hölderlin: «es como si estuvieras ensayando la muerte». Hay algo en la crueldad materna y en la mirada casi etnográfica y puntualmente despiadada del narrador, del sadismo morboso de ciertas obras de Alejandra Pizarnic «Si no te mueres pronto, vas a acabar con nosotros. Eso le decía algunos días [...] Hacía daño». Pero hay algo en la escritura de la vitalidad desesperada de Philippe Roth —en epígrafe los tres—, que no deja de gritar en su celebración del sexo y de la fábula, que sí consiguió deshacerse del poder castrador de la madre que lo volvía loco en *El lamento de Portnoy*.

Leí *Esas vidas* en el avión de vueltas de un congreso en Madrid sobre «Los nuevos derroteros de la narrativa actual», en el que conocí a Alfons Cervera, una persona discreta e inasible, con esta clase de delicadeza sutil que me parece muy entrañable en los hombres. Esgrima su independencia y su vida alejada del mundanal ruido como prueba de un heroísmo antimediático, pero también, como marca de fidelidad a sus orígenes, a su tierra, a su familia: a este padre panadero que al fallecer súbitamente se llevó a la tumba sus miedos; a esta madre que no acaba de agonizar, secreta y tiránica; a este hermano timorato y atrincherado en su sordera. De esta vida entre dos aguas se hace testigo el libro *Esas vidas*. Por una parte, se desvela una voluntad por parte del yo-novelistas de emanciparse, de sacudir el peso de las raíces, lograda a través de la escritura y de la consagración que suponen las invitaciones a congresos por catedráticos de literatura española franceses o críticos españoles convertidos en personajes de novela, prueba tangible de aquello en lo que se ha convertido desde hace años Alfons Cervera o su trasunto: un verdadero autor. Por otra parte, el texto manifiesta el vínculo afectivo indestructible que el novelista conserva con los que le han permitido ser quien es, aunque le impidan tomar el vuelo: su pueblo, su familia, esta madre autocentrada que quiere que todos los que la rodean se mueran con ella, este editor y amigo que parece cuidar de sus libros hasta la publicación y olvidarse de ellos una vez que han tomado forma de bellos objetos. Una promoción discreta parece ser, por otra parte, el destino adecuado para una obra que se concibe como una obscenidad y duda de su legitimidad —«Escribir es una heroicidad, una tarea imposible. Un error. La única escritura decente es la del silencio»— y para una voz que pone también en tela de juicio la legitimidad del lector: «Leer es otra escritura. Otro error». Entre el editor y Alfons parece reproducirse la relación que describe el narrador con su madre: quiere cumplir, conservar el cariño, no quiere renegar de los que le regalaron la existencia —como ser humano o como escritor— aun a sabiendas de que estas relaciones son fuentes de sufrimiento y de limitaciones. Un amor posesivo. Un amor castrador.

A pesar de la fuerza que le da saberse de la periferia, geográficamente hablando, editorialmente hablando, pero también —eso nos lo revela el libro— socialmente hablando, esta marginalidad fundamental, fundacional, que enarbola orgullosamente Alfons Cervera parece necesitar la mirada reconfortante de lo céntrico. Esos profesores de la universidad, vitalicios, cómplices pero también garantes de cierto reconocimiento académico; estos autores consagrados, citados en epígrafe, prueba de una cultura variada, abierta sobre el mundo, con unas mezclas insólitas que desdibujan al novelista —aunque se niega a subirse a los aviones—, como viajero, heteróclito y audaz. Las citas en epígrafe se ven justificadas felizmente por su inserción en el curso de la «novela». Porque, «¿será novela preguntó maliciosamente el propio autor a sus críticos preferidos? Si me decís que sí, desde ahora lo será». La verdad es que el texto se lee como una «autoficción», técnicamente y estéticamente equiparable a una novela, pero éticamente supeditada a una exigencia de autenticidad —en particular en el afán por escribir sentimientos y recuerdos—: «Esta escritura es tal vez una biografía con toda la superficie del iceberg al aire, sin escondrijos subterráneos, más roca granítica y seca como piel de lagarto que bloque de hielo en los laberintos siempre indomables de todo acercamiento a la memoria de lo que pasó [...]». El epílogo lo constituye una frase de despedida definitiva en primera persona, un tanto gélida, sacada de *La filosofía en invierno* de Ricardo Menéndez Salmón —autor español unos veinte años más joven que Alfons Cervera—, asimismo obsesionado por los temas del miedo y de la muerte. Y este final abismático nos deja con interrogantes, sin saber si el narrador ha resucitado a su madre en este libro, si ha muerto en su sitio o si, piadosamente y simbólicamente, la ha asesinado: «En una novela hubiera matado a mi madre».

Université de Bordeaux 3

ISABELLE TOUTON

Gutiérrez Aragón, Manuel. *La vida antes de marzo*. Barcelona: Anagrama, 2009. 288 pp.

Manuel Gutiérrez Aragón irrumpió en el panorama literario con *La vida antes de marzo*, Anagrama 2009, recibiendo el Premio Herralde de Novela por su trabajo. La novela nos aproxima a la vida, a los sentimientos de los autores de los atentados del 11 de marzo de 2004 en Madrid, a través de un narrador omnisciente y del diálogo entre Martín y Ángel, viajeros en el tren Bagdad-Lisboa. No se conocen, pero al intercambiar el relato de su infancia el lector descubre que tienen mucho más en común de lo que se esperaba. Ambos viajan en el año 2024 en un tren circular que nunca se detiene en ninguna estación; son empujados a la misma historia, al mismo mundo conectados por ese tren que une el este y el oeste.

Esta no es la única novela que se inspira en los funestos acontecimientos